

voy á explicarme claramente. En cuanto á la constitucion de la fábula, acaso el arte mas perfeccionado descubrirá otros medios que faltaron á los primeros autores, porque no se pueden señalar limites al arte; pero jamas se pintarán mejor los afectos de la naturaleza, porque esta no tiene dos idiomas.

Todos se conformaron con este dictamen unánimemente, y se acabó la sesion.

CAPITULO LXXII.

EXTRACTO DE UN VIAGE A LAS COSTAS DE ASIA, Y A ALGUNAS ISLAS VECINAS.

Tenia Filotas en la isla de Samos varias posesiones, en donde se necesitaba su presencia. Yo le propuse que partiésemos antes del término señalado, irnos á Quio, pasar al continente, recorrer las principales ciudades griegas que hay en la Eólide, en Jonia y en Dóride, visitar despues las islas de Rodas y de Creta, y por último ver á nuestro regreso las que están situadas hácia las costas del Asia, como Astipalea, Cos, Patmos, desde donde iriamos á Samos. La relacion

de este viage seria demasiado larga; y así extractaré de mi diario, no mas que los artículos que me parece convienen al plan general de mi obra.

Apolodoro quiso que nos acompañase su hijo Lisis, que, acabados sus ejercicios, empezaba á entrar en el mundo. Tambien quisieron acompañarnos muchos de nuestros amigos, entre otros Estratónico, famoso tañedor de citara, amabilísimo para los que amaba, y muy temible á los que no amaba, porque sus agudezas siempre tenian buen efecto. Pasaba su vida en viajar por las diferentes provincias de la Grecia; y acababa de venir entonces de la ciudad de Enos de Tracia. Le preguntamos qué le habia parecido de aquel clima, á lo que respondió: «reina el invierno cuatro meses, y el frio los ocho restantes.» Habiendo prometido no sé donde, dar lecciones de su arte, no pudo reunir mas que dos discípulos. Daba sus lecciones en una sala donde habia las nueve estatuas de las Musas y la de Apolo. «¿Cuántos discípulos teneis? le preguntó uno.— Doce, respondió, incluso los dioses.»

La isla de Quio donde tomamos tierra, es una de las mayores y mas famosas del mar Egeo. Las muchas cadenas de montes coronados de árboles hermosos, forman allí deliciosos valles, y las colinas están en varios parages cubiertas de vi-

ñas, que producen excelente vino. El mas estimado es el de un distrito llamado Arvisia.

Sus habitantes pretenden que han trasmitido á las demas naciones el arte de cultivar las viñas. Se regalan muy bien. Un dia que comimos en casa de uno de los principales isleños, se trató la famosa cuestion de la patria de Homero, á quien se quieren apropiarse muchos pueblos. Tratáronse con desprecio las pretensiones de los demas pueblos, y se defendieron con calor las de Quio, dándonos, entre otras pruebas, la de que todavía subsistian en la isla los descendientes de Homero con el nombre de Homérides. En el mismo instante vimos presentarse dos, ricamente vestidos, y coronados con coronas de oro. No hicieron elogio alguno del poeta, pues tenian otro incienso mas precioso que ofrecerle; y así, despues de invocar á Júpiter, cantaron alternativamente muchos trozos de la *Iliada*, con tanta inteligencia en la ejecucion, que nosotros descubrimos nuevas bellezas en los rasgos que mas nos movieron.

Este pueblo tuvo por algun tiempo el imperio del mar. Su poder y riquezas llegaron á serle funestas. Se le debe hacer la justicia de que en las guerras que tuvo con los Persas, Lacedemonios y Atenienses, manifestó la misma prudencia en la próspera que en la contraria fortuna; pero se le debe tachar de haber introducido el

uso de comprar esclavos. Instruido el oráculo de este delito, le declaró que se había atraído la ira del cielo. Esta es una de las mas hermosas é inútiles respuestas que los dioses han dado á los hombres.

De Quio pasamos á Cuma en la Eólida; y desde aquí salimos para visitar aquellas ciudades florecientes, que limitan el imperio de los Persas por el lado del mar Egeo. Lo que voy á decir exige algunas nociones preliminares.

Desde los tiempos mas remotos se hallaron los Griegos divididos en tres grandes colonias, que son los Dorios, Eolos y Jonios, cuyos nombres, se dice, les dieron los hijos de Deucalion, que reinó en Tesalia. Habiéndose establecido en diferentes territorios de la Grecia dos hijos suyos Doro y Eolo, y su nieto Ion, civilizados los pueblos, ó á lo menos reunidos por los cuidados de estos extranjeros, se honraron con sus nombres, así como las diversas escuelas de filosofia se distinguen con los de sus fundadores.

Las tres grandes clases que acabo de indicar; se hacen notables todavía por rasgos mas ó menos semejantes. La lengua griega nos ofrece tres dialectos principales, el dórico, eólico y jónico, los cuales admiten otras innumerables subdivisiones. El dórico, que se habla en Lacedemonia, en Argólida, en Creta, en Sicilia, etc., forma en todas estas y otras partes idiomas particu-

lares. Lo mismo sucede con el jónico. Por lo que hace al eólico, se confunde muchas veces con el dórico; y hallándose igual conformidad en otros puntos esenciales, solamente entre los Dorios y Jonios se podria hacer una especie de paralelo. Yo no emprenderé hacerle, y solamente citaré un ejemplo: siempre han sido severas las costumbres de los primeros; la grandeza y sencillez caracterizan su música, su arquitectura, su lengua y su poesia. El caracter de los segundos se ha amansado antes; y todas las obras que salen de sus manos, sobresalen por su elegancia y gusto.

Hay entre ellos una antipatia, fundada quizá en que Lacedemonia tiene la preeminencia entre las naciones dóricas, y Atenas entre las jónicas; y quizá en que no pueden clasificarse los hombres sin dividirse. Sea lo que fuere, los Dorios han adquirido mayor reputacion que los Jonios, quienes en ciertos parages se avergüenzan de que se les dé este nombre. Este desprecio, que nunca han experimentado los Atenienses, ha crecido singularmente desde que los Jonios del Asia han estado sujetos ya á tiranos particulares, ya á naciones bárbaras.

Cerca de dos siglos despues de la guerra de Troya, una colonia de estos Jonios hizo un establecimiento sobre las costas de Asia, de donde arrojó á los antiguos habitantes. Poco tiempo an-

tes los Eolos se habian apoderado del pais que está al norte de la Jonia, y el del mediodia cayó despues en poder de los Dorios. Estos tres distritos forman en la costa del mar una especie de orla, que en linea recta puede tener mil y setecientos estadios* de longitud, y cerca de cuatrocientos sesenta en su mayor anchura**. No incluye en este cálculo las islas de Rodas, de Cos, de Samos, de Quio y de Lesbos, aunque hacen parte de las tres colonias.

El pais que ocupan en el continente es afamado por su riqueza y hermosura. Por todas partes se halla la costa hermosamente diversificada por cabos y senos, al rededor de los cuales se levantan muchos pueblos y ciudades: muchos rios, y entre ellos algunos que parece que se multiplican con sus frecuentes revueltas, fertilizan los campos. Aunque el terreno de la Jonia no iguala en fertilidad al de la Eólida, se goza en él de un cielo mas sereno, y de un temperamento mas suave.

Los Eolos tienen en el continente once ciudades, cuyos diputados se juntan en la de Cuma en ciertas ocasiones. La confederacion de los Jonios se ha formado de doce ciudades principa-

* Sesenta y cuatro leguas: (algo mas de 36 leguas de España.)

** Cerca de diez y siete leguas y un tercio: (algo mas de 13 leguas de España.)

les. Sus diputados se reunen todos los años cerca de un templo de Neptuno, situado en un bosque sagrado, sobre el monte Micale, á poca distancia de Efeso. Despues de un sacrificio prohibido á los demas jonios, y presidido por un mancebo de Priene, se delibera sobre los asuntos de la provincia. Los Estados de los Dorios se juntan en el promontorio Triopio. La ciudad de Gnido, la isla de Cos, y tres ciudades de Rodas, son las únicas que tienen derecho de enviar allí sus diputados.

De esta manera, con corta diferencia, se arreglaron desde los tiempos mas remotos las dietas de los Griegos asiáticos. Tranquilos en sus nuevas moradas, cultivaron en paz sus fértiles campiñas, y su localidad les convidó á trasportar sus frutos á otras partes. Con su industria fué creciendo el comercio, y andando el tiempo se establecieron en Egipto, arrostraron el mar Adriático y el Tirrenio, construyeron una ciudad en la isla de Córcega, y navegaron á la isla de Tarteso, mas allá de las columnas de Hércules.

Entre tanto, sus primeros progresos habian fijado la atencion de una nacion demasiado vecina para no ser temible. Los reyes de Lidia, cuya capital era Sardes, se apoderaron de algunas de sus ciudades. Cresó las subyugó todas, y les impuso un tributo. Antes de acometer Ciro á este príncipe, les propuso que reuniesen con él sus

ejércitos, á lo que se negaron; y alcanzada la victoria, despreció sus homenajes, é hizo marchar contra ellas á sus lugartenientes, que las unieron á la Persia por derecho de conquista.

Subleváronse reinando Darío, hijo de Histaspes; y poco despues auxiliadas por los Atenien-ses quemaron la ciudad de Sardes, y encendieron entre los Persas y los Griegos aquel odio fatal que todavía no se ha podido apagar con tantos rios de sangre. Subyugadas de nuevo por los primeros, forzadas á dar galeras contra los segundos, sacudieron el yugo despues de la batalla de Micalé. Durante la guerra del Peloponoso, aliadas algunas veces de los Lacedemonios, lo fueron mas de los Atenien-ses, que por fin las subyugaron. La paz de Anfálcidas las restituyó para siempre, algunos años despues, á sus antiguos señores.

De este modo los Griegos de Asia no se ocuparon casi por dos siglos mas que en llevar, limar, quebrantar y volver á llevar sus cadenas. La paz no era para ellos sino lo que es para las naciones civilizadas, un sueño que suspende por algun tiempo las fatigas. En medio de estas revoluciones violentas, ciudades enteras opusieron una resistencia obstinada á sus enemigos, y otras dieron los mayores ejemplos de valor. Los habitantes de Teos y de Focea abandonaron los sepulcros de sus padres, yéndose los primeros á

establecer á Abdera en Tracia, y parte de los segundos, despues de andar errantes por los mares, echó los fundamentos de la ciudad de Elea en Italia, y de Marsella en las Galias.

Los descendientes de los que quedaron en la dependencia de los Persas pagan el tributo que Darío impuso á sus mayores. En la division general que este principe hizo de todas las provincias de su imperio, se fijó para siempre la contribucion de cuatrocientos talentos* en la Eólide, Jonia, Dóride, juntas á la Panfilia, Licia y otras. Esta cantidad no parecerá exorbitante, si se considera la extension, fertilidad, industria y comercio de estas provincias. Como la asignacion del impuesto ocasionaba disensiones entre las poblaciones y entre los particulares, Artafernes, hermano de Darío, hizo medir y valuar por parasangas** las tierras de los contribuyentes, é hizo aprobar por sus diputados una lista de reparticion, para conciliar todos los intereses, y evitar toda disension.

Por este ejemplo se ve que la corte de Suza queria mantener á los Griegos, súbditos suyos, en la sumision mas bien que en la servidumbre,

* Cerca de dos millones y medio de libras: (mas de 8 millones de rs. vu.)

** Estas son parasangas cuadradas. La parasanga valia dos mil doscientas y sesenta y ocho toesas: (15,870 pies de España.)

pues les habia dejado tambien sus leyes, su religion, sus fiestas y sus juntas provinciales. Mas por una falsa política, el soberano concedia el dominio, ó á lo menos la administracion de una ciudad griega á uno de sus ciudadanos, quien despues de responder de la fidelidad de sus compatriotas, los excitaba á la rebelion, ó ejercia sobre ellos una autoridad absoluta. Entonces tenian que sufrir las altanerias del gobierno general de la provincia, y las vejaciones de los gobernadores particulares que él protegía; y como distaban mucho del centro del imperio, rara vez llegaban sus quejas á los pies del trono. En vano Mardonio, el mismo que mandaba el ejército persa á las órdenes de Xerxes, intentó restituir la constitucion á sus principios. Habiendo obtenido el gobierno de Sardes, restableció la democracia en las ciudades jónicas, y arrojó de ellas á los tiranos subalternos: bien que pronto volvieron á dejarse ver, porque queriendo los sucesores de Darío recompensar á sus aduladores, no hallaban medio mas facil que abandonarles el pillage de una ciudad lejana. Hoy día que las concesiones son mas raras, los Griegos asiáticos, debilitados por los placeres, han dejado que por todas partes se establezca la oligarquía sobre las ruinas del gobierno popular.

Si se quiere poner ahora alguna atencion, se conocerá fácilmente que nunca les fué posible

conservar entera libertad. El reino de Lidia, hecho en adelante una provincia del imperio de los Persas, tenia por limites naturales por el poniente el mar Egeo, cuyas costas están pobladas de colonias griegas. Ocupan estas un espacio tan estrecho, que precisamente debian caer en manos de los Lidios ó de los Persas, ó ponerse en estado de hacerles resistencia. Agrégase á esto, que por un vicio que subsiste todavia entre las repúblicas federativas del continente de la Grecia, no solamente la Eólida, la Jonia y la Dóride, amenazadas de una invasion, no reunian sus fuerzas, sino que en cada una de las tres provincias, los decretos de la dieta no obligaban rigurosamente á los pueblos que la componen; y así se vió en tiempo de Ciro, que los habitantes de Mileto hicieron su paz particular con este príncipe, y abandonaron las demas ciudades de la Jonia á los furores del enemigo.

Cuando la Grecia convino en defenderlas, atrajo á su seno los ejércitos innumerables de los Persas; y sin los prodigios de la suerte y del valor, hubiera quedado vencida ella misma. Si despues de un siglo de guerras desastradas, ha renunciado al proyecto funesto de romper las cadenas de los Jonios, es porque al fin ha conocido que la naturaleza de las cosas oponia un obstáculo invencible á su libertad. El sabio Bias de Priene lo dijo bien claro, cuando Ciro se apo-

ueró de la Lidia. « No esperéis mas que una esclavitud vergonzosa, dijo á los Jonios reunidos; « embarcaos, atravesad los mares, apoderaos de « la Cerdeña y de las ciudades inmediatas, y « despues de esto tendreis dias tranquilos. »

Despues de su entera sumision han podido estos pueblos, por dos veces, sustraerse de la dominacion de los Persas; una siguiendo el consejo de Bias, y otra condescendiendo con el de los Lacedemonios, quienes despues de la guerra médica, les ofrecieron trasladarlos á la Grecia; pero siempre se han negado á dejar sus hogares; y si se puede formar juicio por su poblacion y riquezas, no necesitaban ser independientes para ser felices.

Vuelvo á tomar el hilo de mi viage, que ha estado interrumpido por largo rato. Recorrimos las tres provincias griegas de la Asia; pero, segun lo prometí arriba, ceñiré mi relacion á algunas observaciones generales.

La ciudad de Cuma es de las mayores y mas antiguas de la Eólide. Nos habian hecho la pintura de sus habitantes, como de unos hombres casi estúpidos; pero pronto vimos que no debian esta reputacion sino á sus virtudes. La mañana siguiente á nuestra llegada, empezó á llover mientras nos paseábamos por la plaza, cercada de pórticos pertenecientes á la república: íbamos á guarecernos á ellos; pero nos detuvieron, por-

que era necesario el permiso, hasta que oimos una voz que dijo: entrad en los pórticos; y todos se metieron en ellos. Supimos que habian sido cedidos por cierto tiempo á los acreedores del Estado: como el público respeta su propiedad, y ellos se avergonzarian de dejarle expuesto á las intemperies de las estaciones, se ha dicho que los de Cuma nunca sabrian que era necesario ponerse á cubierto cuando llueve, si no se tuviese el cuidado de advertírselo. Tambien se ha dicho que por espacio de trescientos años ignoraron que tenían un puerto, porque en todo este tiempo no exigieron derecho alguno de los géneros que venian del extranjero.

Despues de haber pasado algunos dias en Focea, cuyas murallas son de grandes piedras perfectamente unidas, entramos en aquellas vastas y ricas campiñas que fertiliza el Hermo con sus aguas, y se dilatan desde las costas del mar hasta mas allá de Sardes. El placer de admirarlas iba acompañado con una reflexion dolorosa. ¡Cuántas veces han sido regadas con la sangre de los mortales! ¡cuántas lo serán todavía! Al ver una gran llanura, me decian en Grecia: en tal tiempo perecieron aquí tantos Griegos; y en Escitia: estos campos, morada eterna de la paz, pueden mantener tantos miles de ovejas.

El camino que llevábamos estaba cubierto casi todo de hermosos árboles, y nos llevó á la embo-

cadura del Hermo, desde donde tendimos la vista sobre aquella soberbia rada formada por una península, en que están las ciudades de Eritres y de Teos. En el fondo de la bahía hay algunos lugarcillos, restos infelices de la antigua ciudad de Esmirna, destruida en otro tiempo por los Lidios. Todavía conservan el mismo nombre; y si algunas circunstancias favorables permiten algún día reunir los habitantes dentro de un muro que los proteja, sin duda su situación les atraerá un comercio inmenso. Nos hicieron ver cerca de sus habitaciones una gruta, de donde sale un arroyuelo que llaman Meles, que tienen por sagrado; y pretenden que Homero compuso allí sus obras.

En la rada, casi en frente de Esmirna, está la isla de Clazomene, que saca grande utilidad de sus aceites. Sus habitantes tienen uno de los primeros lugares entre los de la Jonia. Nos contaron el medio de que en cierta ocasión se habían valido para restablecer sus rentas. Después de una guerra que había dejado exhausto el tesoro público, hallaron que se debía á los soldados la cantidad de veinte talentos*; y no pudiendo pagarla, abonaron el interés á razón de veinte y cinco por ciento; acuñaron después moneda de hierro, á la que dieron el mismo valor que á la

* Ciento y ocho mil libras: (mas de 400,000 rs. vn.)

de plata. Conviniéronse los ricos en tomarla por la que tenían; con lo que se pagó la deuda, y las rentas del Estado administradas con economía, sirvieron para ir recogiendo insensiblemente las monedas falsas introducidas en el comercio.

Los pequeños tiranos establecidos en otro tiempo en la Jonia, se valían de los medios mas odiosos para enriquecerse. En Focea nos contaron el caso siguiente: gobernaba la ciudad un rodio, quien dijo en secreto y separadamente á los cabezas de las dos facciones que él mismo había formado, que sus enemigos le ofrecían cierta cantidad si se declaraba por ellos; la que sacó á los dos partidos, y luego logró reconciliarlos.

Dirigimos nuestro camino hácia el mediodía. Además de las ciudades que están tierra adentro, vimos en la costa y en las inmediaciones á Lebedos, Colofon, Efeso, Priene, Mio, Mileto, Iaso, Mindo, Halicarnaso, y Gnido.

Los habitantes de Efeso nos enseñaron con dolor los escombros del templo de Diana, tan célebre por su antigüedad y grandeza. Catorce años antes había sido quemado, no por fuego del cielo, ni por los furores del enemigo, sino por el capricho de un particular llamado Herostrato, quien, en medio de los tormentos confesó que no había tenido otro fin que el de eternizar su nombre. La dieta general de los pueblos